

No hay relación-sexual

IRIS SÁNCHEZ

*El Lacadón es lo que él nos ha dejado,
nos ha dado, una enseñanza única en
la medida en que está organizada en
sí misma por ese hueco en el saber¹.*

Quiero agradecer la invitación que, por intermedio de mi amiga y colega Tania Roelens, he recibido para escribir en las páginas de la revista *Desde el Jardín de Freud*.

De entrada debo decir que estoy bajo los efectos de dos inquietudes que quisiera explicitar, pues son determinantes en lo que intentaré escribir. La primera es que tengo la impresión de encontrarme bajo los efectos del malestar en nuestra cultura, en nuestras sociedades actuales y, al mismo tiempo, frente al apremio de elaborar respuestas a las preguntas que se levantan en medio del desconcierto que esos eventos suscitan, al interrogarnos en nuestro trabajo como psicoanalistas, pero sin perder el rumbo surcado por Freud y por Lacan. Ciertamente, los procedimientos del uno y del otro fueron y siguen siendo distintos. Hoy día, en los medios analíticos, específicamente los latinoamericanos, se presenta la ocasión de trabajar hacia un tipo de transmisión en la articulación consistente y afianzada de ambos procedimientos. Este estilo de transmisión es, fundamentalmente, una ética porque trata de responder a la práctica del psicoanálisis de una manera más consecuente con el real de esa práctica.

La segunda inquietud está estrechamente ligada a la primera, y es el uso entre nosotros, un tanto reiterado, del término 'lo femenino'. Es cierto que en el habla común se opone femenino y masculino, sin embargo, el uso de este sentido opuesto proviene de la ilusión de una fusión en un todo, en otras palabras, de la tentativa de hacer que la relación-sexual exista. En este caso, me pregunto si existirá 'lo femenino'.

¹ Charles Melman, "Le Lacadon", en revista *La Célibataire*, No. 11, EDK, París, invierno 2005, p. 90.

Si no será otra manera de empeñarnos en hacer existir a La mujer; y si estoy en lo cierto ¿qué es lo que sostiene esa insistencia, inclusive en los círculos atravesados por la enseñanza de Lacan?

Estas cuestiones me inquietaban desde hace algún tiempo, cuando me llegó la convocatoria de *Desde el Jardín de Freud*. Entonces se me agolparon con renovado vigor sus preguntas, las de mis compañeros de trabajo en el grupo *Estudios psicoanalíticos lacanianos* en Quito y las mías propias.

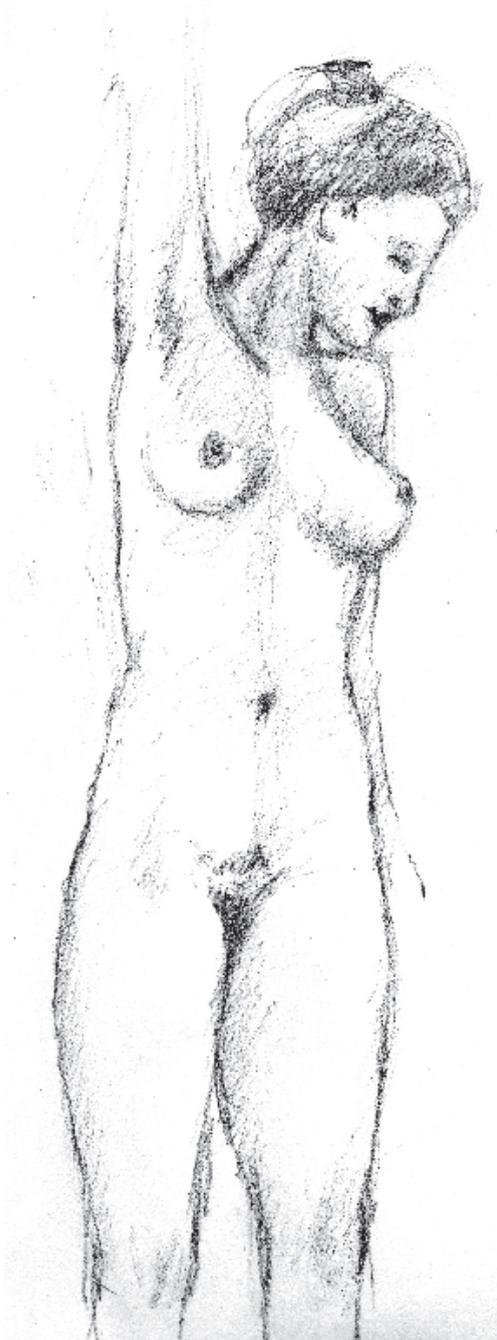
Buscando una vía hacia el camino de la elaboración de algunas respuestas recordé una formulación que retiene mi atención. Charles Melman, en su seminario último, dice: “No hay sujeto femenino o masculino, hay un sujeto que puede ser representado por S1 o S2”². Esta frase aparece incidentalmente durante el desarrollo de una discusión sobre el concepto sexual, en el momento en que él hace referencia al anudamiento del Real, Simbólico e Imaginario que el Nombre-del-Padre instala y sostiene, preciso el anudamiento, y con ello el fracaso sexual del que se sostiene el deseo. Él no explicita la significación de esa frase, la deja en suspenso. En todo caso, en el contexto resulta obvio su apoyo en el nudo borromeo y en la matriz del discurso que, en efecto, son la misma trama, la misma textura. ¿Cómo articularla con el esquema de la sexuación? Me gustaría aprovechar la ocasión que ustedes propician para empezar a trabajar los caminos buscando una articulación entre el espacio del nudo y las escrituras en el esquema. Hay un pasaje extremadamente rico, ya franqueado por Lacan, que el estudio por separado del nudo o del esquema, escamotea. Eso es bastante usual en nuestra enseñanza local y nos plantea algunas confusiones, por ejemplo, entre sujeto y posición subjetiva, entre sujeto del deseo y sujeto sexuado, las diferencias entre hombres y mujeres y las consecuencias del lazo social de estas diferencias.

Es así que la convocatoria de *Desde el Jardín de Freud* resulta muy afortunada porque es justamente por el lado femenino que se abren las puertas para este trabajo. Me parece que puedo aproximarlos por algo que yo llamaría un atajo. Se trata de los *desplazamientos subjetivos diferentes* que sabemos aun sin reconocerlos en cada paso. Son los que atraviesan el *niño* y la *niña* que habitan en nosotros. Se me ocurre que abordar la cuestión por este bies tiene la ventaja de recordar los cruces y descruces de ambos –tal vez en algún momento debo decir *sendos*– destinos que ayudan a estimar sus consecuencias, éticas, lógicas y hasta políticas, para cada uno.

¿Por qué digo atajo, bies? Atajo porque no voy a hacerles una exposición exhaustiva ni del nudo borromeo ni de las fórmulas de la sexuación. Sobre todo respecto al nudo, daré apenas algunas indicaciones relativas a nuestro propósito. Bies, porque va pegado, si puedo expresarme así, a la estructura como la llamamos clínica y como estructuración del deseo.



² Charles Melman, *Pour introduire à la psychanalyse, Séminaire 2001-2002*, Éditions de l'Association Lacanienne Internationale, Paris 2005; en la lección del 23 de mayo de 2002, p. 298.



No se me escapan las reticencias, las incomodidades que la lógica y la topología suscitan en los círculos de analistas. Sin embargo, el recurso a una y otra es no sólo interesante sino necesario en nuestro oficio en el intento de aprehender mejor la lógica propia del inconsciente. Este recurso descoloca un poco el espacio que nuestro fantasma se empeña en hacer prevalecer y, de paso, organiza de otra manera los atascos en las falencias escolares. Intentaré, en la medida de mis posibilidades, allanar la aspereza que este procedimiento conlleva. Un primer paso en este sentido es poner de relieve el juego homofónico en francés, querido por Lacan, del título de su seminario *Encore* que juega con *en cuerpo*, con *todavía más*, en relación al goce en el cuerpo, al inconsciente como cuerpo del lenguaje, suscitándose todavía, aún, una y otra vez. Entonces, se trata de una lógica, si puedo decir, encarnada pero no evidente en nuestros modos de razonamiento.

Voy a resumir algunas puntualizaciones de Marc Darmon que para mí han sido muy esclarecedoras para perderme menos en los vericuetos de las distintas lógicas de las matemáticas, en el abordaje de la topología y de la lógica propiamente lacanianas.

Lo más importante es tener en cuenta que la lectura del esquema de la sexuación no puede hacerse únicamente desde la lógica clásica y que se requiere recurrir también a la lógica intuicionista. A la luz de la lógica clásica la relación de ciertas fórmulas resulta inconsistente, por ejemplo, la universal del lado masculino y las particulares del lado femenino, porque la lógica clásica de la que estamos tan atravesados supone un todo cerrado. Por supuesto, no se trata de desechar la lógica clásica sino de reubicarla y aprehender su incidencia en nuestros procesos. La escritura de las fórmulas de la sexuación rompe con la consideración de un todo ya que no hay un universal del lado femenino y porque incluye un conjunto infinito: el lugar del Otro en cada una de sus acepciones. Precisamente, la lógica intuicionista requiere esta condición de un conjunto infinito, es lo que hace sustentable las relaciones de las fórmulas.

Me parece que puedo decirlo sencillamente así: la lectura obligada y correcta de estas relaciones se realiza pasando de un lado a otro del esquema, más o menos aunque no del todo, como en los movimientos del juego de la rayuela. Ninguno de los elementos carece de relación con los demás del otro lado y con alguno o varios del mismo lado. Se marca un elemento y esa marcación organiza los movimientos entre los demás. Así las combinatorias son múltiples, por eso siempre extraemos nuevas enseñanzas. También se apuntalan las disimetrías. La lógica clásica no admite las disimetrías ni las contradicciones, pero en la intuicionista, que admite la paradoja, basta con que se incluya un conjunto infinito para que las aparentes contradicciones puedan ser sustentables y admisibles. La genialidad de Lacan es haber reunido en un solo cuadro, con la combinación de ambas lógicas, una vía que da cuenta de la lógica

particular del inconsciente y desatascarnos así del tipo de razonamiento que induce la predominancia de la lógica clásica.

En resumen: el esquema de la sexuación se lee como la relación de dos conjuntos, uno cerrado y otro abierto –aunque de hecho son varios– que se limitan uno a otro pero que no se completan, y que dan cuenta de una desarmonía fundamental y a la vez de una dependencia mutua. Darmon la llama “una lógica que da cuenta de esas extravagancias (*bizarrieries*) de la identificación sexual en el ser hablante”³.

Transcribo aquí las escrituras del esquema del Seminario *Encore*⁴ de Lacan y la presentación del nudo borromeo de su Seminario *RSI* de la lección del 21 de enero de 1975⁵.

$\exists x \quad \overline{\Phi x}$	$\overline{\exists x \quad \Phi x}$
$\forall x \quad \Phi x$	$\overline{\forall x \quad \Phi x}$
\mathcal{S}	$S(\mathcal{A})$
$\Phi \leftarrow$	$\rightarrow \mathcal{L}a$

FIG. 1 Fórmulas de la sexuación

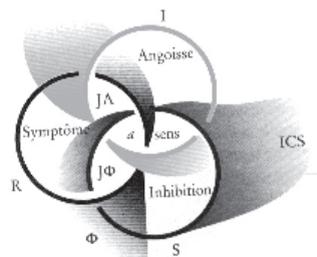


FIG. 2 Nudo borromeo

Señalo algunos detalles de enlace y distinción.

Con respecto a esta presentación del nudo, recordemos que es una elaboración de Lacan posterior a las fórmulas, donde él reubica los resultados del trabajo de su Seminario *Encore*. La lectura de Darmon invita a tomar el nudo no sólo como una escritura sino también físicamente, como un cuerpo ahuecado por el lenguaje; ese cuerpo es el espacio del inconsciente. En otras palabras, es como sumergir el cuerpo en el espacio del lenguaje que lo transforma⁶.

Para nuestro propósito debe observarse el lugar que ocupa el objeto *a*, el de un “arrinconamiento o atascamiento”⁷ en el anudamiento de los tres círculos R, S e I, es decir, cernido en el lugar del hueco que ha quedado por efecto de la función Φ . Es igualmente el objeto, en tanto se desprende en el discurso, en el paso de S1 a S2. Es *a* en sus tres categorías, ordenadas también por Φ : real, simbólico e imaginario. Para seguir la lectura con mayor precisión puedo indicar que en el nudo se trata del sujeto en su relación con el objeto, en tanto cernido y a la vez velado, arreglándose, bien o mal –a ratos más mal que bien– con las tres categorías enlazadas de esa relación y sus efectos, sea cual fuere su posición subjetiva.

En las fórmulas de la sexuación encontramos al sujeto como efecto de los cortes significantes de su sexualidad, cortes que lo organizan en una posición de deseante

³ Marc Darmon, *Essais sur la topologie lacanienne*, Éditions de l'Association Lacanienne Internationale, Paris 2004, p. 328.

⁴ Jacques Lacan, *Encore, Séminaire XX*, Édit. du Seuil, Paris 1975, p. 73.

⁵ Jacques Lacan, *RSI Séminaire 1974-1975*, Éditions de l'Association Freudienne Internationale, Paris 1999; publicación fuera del comercio, documento interno de la ALI, p. 58.

⁶ Cfr. Darmon, *op. cit.*, en el capítulo XI, ps. 353-399.

⁷ Darmon lo llama *coincage*. Yo lo traduzco con estos vocablos que dan cuenta del estatuto de su lugar en el inconsciente, que me parece que Darmon quiere poner de relieve.

como *hombre* o como *mujer* y así se puede retrotraer ese sujeto al nudo borromeo. Ya que si entendemos estos cortes significantes, *hombre* o *mujer*, como el lazo –digamos descompletado– de las palabras con las cosas por efecto del pacto simbólico que instala el Nombre-del-Padre con la función Φ , se lo puede hacer circular tanto en el nudo como en las fórmulas del esquema.

Anticipo el resumen que hace Darmon de su lectura del esquema: “[...] el psicoanálisis demuestra, pues, la ausencia de ‘una pulsión genital’ en el inconsciente, que no hay relación-sexual y que todas las variantes de la vida amorosa, es decir, de la tragicomedia humana, no son otra cosa que ‘las ficciones’ engendradas por esta ausencia y las tentativas de paliarla”⁸.



----/----

Voy a tomar de la mano al *niño* y a la *niña* que habita en *nosotros* para hacer la travesía tejiendo el bias.

Niño y *niña* tienen igual comienzo instalado en una distinción en el real del cuerpo, diferencia anatómica de los sexos, y una distinción significativa que *mamá*, *papá* y el *entorno* próximo comenzaron a hablar y a manipular desde sus propios juegos y sueños infantiles. Para introducir la noción de tiempo, no tanto cronológico sino sincrónico, llamaría discretamente a ese comienzo en términos de *primer momento* y lo esquematizo así:

- a) la madre es su primer objeto de amor, de deseo y de goce, y ella los aloja en un mismo lugar, el de aquello que le falta;
- b) la madre es prohibida para ambos, lo que implica una renuncia a ese primer objeto;
- c) en la operación que instala esta prohibición, es decir, la del Nombre-del-Padre, el Falo sustituye al a afirmando su carácter de objeto perdido, en consecuencia de falta, de carencia, y así viene tanto a simbolizar ese lugar como hueco, y desde ahí funciona como objeto apropiado para sostener el goce sexual.

En lo que llamaría un *segundo momento*, se organiza una distancia, una diferencia entre el *niño* y la *niña* de la que depende la posibilidad de dos destinos diferentes, dos direcciones diferentes, en los que se reafirmarán más o menos exitosamente cada uno de ellos, pero sin perder la dependencia con el otro.

⁸ Marc Darmon, *ibid.*, capítulo IX, p. 328.

Para el *niño* el *segundo momento* supone que la renuncia al goce del cuerpo de la madre, al goce *del Otro*, iniciada en el primer momento, conlleva una promesa de objeto, de realización de goce en otro cuerpo que el de la madre, en otra mujer que la madre. Dicho de otra manera: a cambio de su renuncia obtiene en prima –como en los seguros que siempre tienen cláusulas en letras pequeñas que se suele no leer– una promesa de objeto ($\rightarrow a$) que sólo tendría que buscar en otro sitio que venga a representar ese lugar del Otro del cual ha sostenido su constitución como sujeto de deseo, \mathcal{S} . Por este hecho a él se le asigna una función, Φ , que lo representa como *hombre* y se inscribirá en un goce como todo fálico por Φ y por $\forall x\Phi x$, que se lee: ‘todo x es Φ de x ’, o sea, todo x está castrado.

Parece fácil: ¡“toma y daca”, “dando y dando”, como se dice! De ahí se desprenden ciertas ventajas que dan pábulo a protestas y a reivindicaciones. Sin embargo, hay complicaciones de varios órdenes que desvanecen rápidamente esta aparente holgura. Sólo haré una especie de sobrevuelo de esas complicaciones que tomarán mayor claridad al examinar el lado derecho del esquema.

Por una parte, existe el carácter de fundamentalmente perdido de ese objeto y cuyo acceso está vedado aun en la transgresión. Ese acceso está condenado al rodeo, al contorno de ese hueco que se hace por el fantasma ($\mathcal{S} \diamond a$). En las fórmulas de la sexuación no aparece escrito el \diamond , el punzón, pero su función podemos retrotraerla ahí a partir de la función Φ que deja el hueco. En la presentación del nudo borromeo tampoco aparece la escritura de la fórmula del fantasma, está incluida en las vueltas, en el movimiento de los redondeles que se desprenden y circundan el a . Por ejemplo, en el juego amoroso este rodeo se manifiesta como un encuentro, pero este encuentro, verdaderamente, es con los ‘*símilis*’ –si puedo decir– del objeto causa del deseo en el objeto de amor en lo real que el imaginario toma por objeto real.

En la renuncia al goce *del Otro*, este *del* hay que entenderlo en su doble sentido: objetivo y subjetivo, es decir, gozar del gran Otro como objeto, como un cuerpo y, en sentido subjetivo, *con* el goce que se toma prestado del Otro⁹. Entonces, en esta renuncia hay dos vertientes: una objetual y otra subjetiva en un mismo movimiento en el que se inscribe todo x porque está castrado y que ese *niño*, ahora devenido un *hombre*, está llamado a representar como ley universal, o *normâle* –como lo escribe Lacan–, ejerciendo el goce todo fálico, tomándolo a su cargo en el ejercicio de su renuncia; es lo fundamental de la posición masculina y va más allá del acto sexual, por ejemplo, en el goce del ejercicio de su palabra.

Sin embargo, no es un asunto de esencia sino de *semblant*¹⁰, *semblant* hombre. ¿Por qué sólo *semblant*? Retomo las palabras de Darmon, justamente, a partir del Seminario de Lacan sobre *La identificación*: “Los x que aparecen en estas fórmulas son



⁹ Cfr. Charles Melman, *op. cit.*, en la lección del 23 de mayo de 2002, p. 293.

¹⁰ Generalmente se traduce por *semblante*, sin embargo, me atengo a la propuesta de Omar Alfredo Guerrero y de Cecilia Hopen de conservar en español el término francés acuñado por Lacan con otra significación del sentido corriente aun en la lengua francesa. (Véase en el sitio de la ALL: freud-lacan.com)



significantes, en consecuencia, poseen la propiedad de ser no-idénticos a sí-mismos, $x \neq x$, lo que está excluido de la escritura formal matemática. Como significante, cada x representa a un sujeto para otro significante x''^{11} . Lacan lo demuestra ampliamente al trabajar el *rasgo unario* como pura diferencia, del significante consigo mismo y con otro significante; es así que el sujeto se ubica en el entre-dos de esa diferencia, con lo que se cuestiona radicalmente una esencia del ser¹².

Otra complicación está dada por el hecho de que, tanto el sentido objetual como subjetivo del goce del Otro viene de la relación con el Otro primordial y está teñido, para ambos *niño* y *niña*, del desfase entre necesidad, demanda y deseo que se organiza en esa relación. Sabemos que ese desfase proviene de la diferencia radical del objeto de satisfacción de la necesidad y del deseo. También proviene de los procesos –rodeados y fallidos por la demanda– de identificación con el Otro, Paterno y Materno, que se dan en un terreno complejo de amor y de odio, de rivalidades y competencias, de asunciones y rechazos, de dones y de deudas. En este proceso, el *niño* renunciante se aloja en sentido ordinal, o sea con un orden asignado en la serie del linaje, en la casa del Padre y desde ahí, desde ese lugar se encuentra legitimado en tanto *hombre* para *hacer a nombre del Padre*. Por ejemplo, de abuelos a padres, de padres a hijos. Habrán notado que se dice Fulano de Tal, primero o segundo, o tercero, sobre todo cuando llevan igual nombre y patronímico.

En esa casa donde él se aloja existe un x , operemos aquí llamándolo significante Padre, pues hay aparentes contradicciones en relación con esta fórmula, ya que ahí se ubica al Padre Simbólico, al Padre de la Horda, al Padre Imaginario, al Padre Muerto, digo bien aparentes contradicciones porque ese lugar atañe a las diferentes dimensiones de la relación con el Padre que, conceptualmente, manejamos en distintos momentos según el aspecto de su incidencia en la subjetividad que se trate de resaltar.

Entonces, $\exists x \overline{\Phi x}$, o sea, ‘existe un x que no está castrado’, o también: ‘existe un x que inscribe la excepción a la ley universal porque no está castrado’, excepción que confirma la ley que ese Padre aplica. Este x es una existencia en forma de ausencia, es de orden simbólico. Creo que puedo decir que es sólo supuesta por Ley. Es de ahí que un *hombre* está llamado a tomar la palabra desde $S1$ que lo representa y que legitima esa palabra en el orden.

En esta constelación el padre real –en sus momentos *papá*, el del drama a veces confuso y confundido que conocemos mejor– ilustra un matiz importante del eje de las complicaciones. Él presta su presencia encarnando el papel de las funciones del Padre, pero a su vez este *papá* es también *un hombre* que se cuenta en el conjunto $\forall x \Phi x$, es por eso que la excepción no es real sino Simbólica, instaurada en la Ley. En

¹¹ Marc Darmon, *op. cit.*, p. 324.

¹² Jacques Lacan, *L'identification, Séminaire 1961-1962*; publicación fuera de comercio, documento interno de la Asociación freudiana internacional, París 1995; en las lecciones del año 1962: No.17 del 11 de abril, No.19 del 9 de mayo, No. 20 del 16 de mayo, No. 21 del 23 de mayo, y No. 22 del 30 de mayo.

otras palabras, esa excepción sólo tiene sustancia de significante y naturaleza lógica. No es difícil vislumbrar el fundamento de los desastres que se palpan en la historia de los pueblos cuando alguien se cree el Uno y ejerce de manera real esa excepción; en otras palabras, de ahí las grandes locuras.

Una mirada al $S(\mathcal{A})$ que aunque esté del lado femenino concierne también al *niño* y al *hombre*, porque escribe el significante faltante que vendría a nombrar la existencia del Gran Otro (Paterno, Materno o Religioso), reafirma la condición de *semblant*. Pues la pretensión que viene en parte de la transmisión de los enunciados en nuestra cultura, de forjarnos a imagen y semejanza de otro, del Otro, opera un límite de imposible. Con Lacan conocemos ese límite imposible. No hay modo de hacerse a la imagen del gran Otro porque este gran Otro no existe. Además, esto hace que ese lugar de excepción realmente se juegue en el orden imaginario por efecto de lo simbólico.

Es importante que puntualice el carácter de la renuncia para recordar el fundamento de las complicaciones y que vale tanto para el *niño* como para la *niña*. Esa renuncia es una represión (*refoulement*) que como sabemos augura el retorno de lo reprimido en función de la vigencia de la represión originaria. El término en francés es muy dichoso. Espero que no les moleste dar esta vuelta. El verbo *refouler*, reprimir, significa ‘hacer entrar por fuerza’. Con Lacan sabemos que ese hacer entrar por fuerza, es hacer entrar del otro lado, a otra parte –quizás se reconoce así el recorrido de la hormiguita por la banda de Moebius– y que esa *fuerza* es la de la represión originaria que el Nombre-del-Padre funda. Esa represión originaria también es una manera de decir el significante que ha sido objeto de esa primera represión, otra vez $S(\mathcal{A})$ que, por no ser nombrable, hace infinito el número de represiones para devolver un cierto número de significantes al otro lado, es por eso también que lo reprimido retorna. En otras palabras, la represión no es total, ni el Nombre-del-Padre tampoco sella totalmente la estabilidad de lo simbólico; por estas razones se habla de sus fallas, de los *nombres del padre*: síntoma, inhibición y angustia (presentados en el nudo) y caracterizados por el *sinthoma*. Si tuviéramos acceso, *cada uno* a ese significante, al suyo propio, al mío propio, perdido para siempre, innombrable, no estuviéramos por ejemplo rompiéndonos la cabeza en este intercambio.

Me parece que de esta manera también se aproxima a las leyes del lenguaje, enigmáticas en muchos aspectos, al puro simbólico que se evidencia en la lengua, en las lenguas con sus redes propias de remisión, donde una palabra para encontrar sentido remite a otra palabra y hace que siempre quedemos con un *resto* y a la vez con un *vacío* de significación. Está presentado en el nudo: en el juego del lenguaje el Real por ese vacío reclama, nos empuja a más vueltas en las que el Imaginario –por el



resto y el efecto inacabado del Simbólico— con su producto, es decir el sentido, intenta colmar el vacío, el hueco en el lenguaje, fundamento también del inconmensurable de la no relación-sexual.

Tenemos así, apenas esbozado, a un hombre con sus referentes y algunas de sus complicaciones, algunos cruces y descruces de los dos destinos, sólo lo necesario para nuestro propósito que requiere que me explaye del lado femenino. Y al respecto vienen bien las palabras de Marc Darmon: “El interés de estas escrituras es permitir, en $S(A)$, la distinción de a y de Φ . Pero esta distinción no puede hacerse sino a partir del lugar del Otro, del lado femenino”¹³. Esta distinción que subrayo —probablemente se ha bosquejado en lo que he dicho hasta ahora— es fundamental para establecer los modos de relación disimétrica que un hombre y una mujer sostienen en su referencia a esas instancias y, a la vez, su dependencia mutua.

Cecilia Hopen¹⁴ ha realizado una serie de trabajos alrededor de estos temas, a partir de los cuales engarzo algunos de los hilos de esta reflexión.

---/---

Para el segundo momento de la niña los invito a ubicarnos en una encrucijada (Fig. 3) que nos ayudará al avance de la discusión. La complejidad de las operaciones por las que ella debe pasar en su devenir mujer y los resultados de esas operaciones implican varios instantes de su segundo momento que dejan un tejido, diría multicolor, en el que constantemente se levantan muchas preguntas. Las respuestas son menos evidentes que las que podemos elaborar con respecto a lo que sucede en un hombre ubicado en el lado izquierdo.

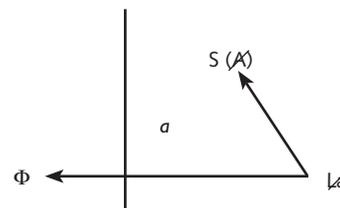


FIGURA 3

Al resaltar esta encrucijada pienso que puedo transmitirles la lectura que he hecho de lo que Charles Melman llama “una subjetividad original”¹⁵ al referirse a la subjetividad femenina. Me llama la atención que en su enseñanza, en múltiples

¹³ Marc Darmon, *ibid.*, capítulo IX, p. 327. Los subrayados son míos.

¹⁴ Cecilia Hopen, “Ella o yo ¿contingente o necesario?”, en *La letra*, No. 0, Quito, mayo 1995, ps. 19-22; “La mirada y la castración”, en *La letra*, No.7/8, junio 2002, ps. 52-55; “Una riqueza posible”, en *La letra*, No. 9, enero 2003, ps. 29-35; “¿Qué puede enseñar una madre a su hija en el proceso de alienación-separación?”, en *La letra*, No. 10, mayo 2004, ps. 14-21; y “Disimetría hombre-mujer”, en *La letra*, No. 11, junio 2005, ps. 27-31. Disponibles en Bogotá a través de Tania Roelens.

¹⁵ Charles Melman, *op. cit.*, en la lección del 17 de enero de 1984, p. 127.

ocasiones, él oscila entre subjetividad femenina y posición femenina. A mi entender es difícil desligarlas de la estructura histórica, entre otras cosas, por los rebotes de su sintomatología, aunque sí es posible diferenciar posición histórica y posición femenina, como veremos más adelante.

También llama mi atención el hecho de que, al menos en los textos teóricos, no se busca distinguir subjetividad masculina y posición masculina. Me parecen indisociables e indiferenciables. ¿Por qué? Entre otras cosas porque, como ya vimos, Φ –Falo y función– lo representa, en otras palabras, *el hombre* se puede decir. Es desde ahí que él, fácilmente y sin mayores conflictos en cuanto a esa posición, cuando asume su posición sexuada del lado izquierdo de las fórmulas, puede hablar desde S1 (él dice y se dice) –diría como amo de la situación– de manera esperada, e incluso exigida, por todos.

Cuando Lacan, para contento de los hombres y escándalo de ciertas mujeres, dice que La mujer no existe, que no puede decirse, que La mujer es imposible, no lo hace desde una ideología sino desde un hecho de estructura.

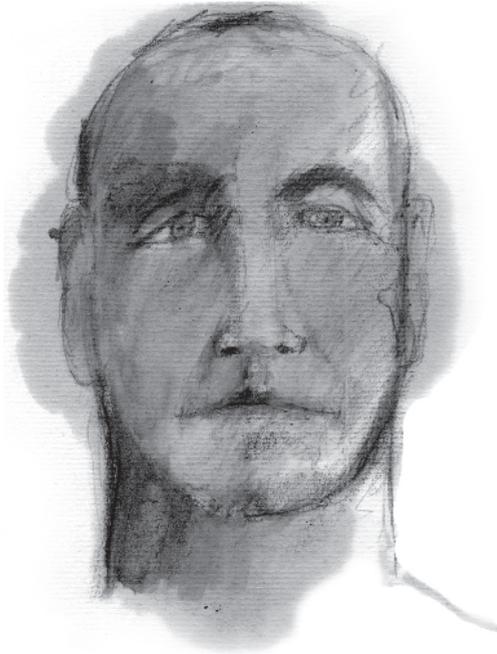
¿Cómo llega la *niña* a ese “Lá”? Hay que ir despacio porque la cosa se complica.

Si el *niño* en su operación de renuncia a la madre, en su fase fálica, en la que se fija el fantasma ($S \diamond a$), sólo tiene que –diría– afinar las condiciones de su búsqueda en otro sitio para ejercer el usufructo de la promesa, y si el fantasma suyo está legitimado (o sea que su a está normalmente, oficialmente aprobado), las cosas del lado femenino no funcionan así. Para que la *niña* devenga *mujer*, su fase fálica –la varonil, la machona como solemos nombrarla– tiene varios bemoles, pues debe someterse a cambios nuevos y más radicales con desplazamientos más complejos que clásicamente conocemos bien. Hay un cambio de objeto de amor y de deseo, *papá*, provisorio porque también está prohibido; otro cambio en su cuerpo, es decir, desplazar la erogenidad del clítoris a la vagina, ¡pero no totalmente! Freud nos dice que la niña debe realizar una represión de ese falicismo, con una represión moderada. Si no la reprime seguirá siendo una machona y si la reprime totalmente no podrá entrar al intercambio sexual, no estará “*dans le coup*”, como suele decir Melman, de una manera que nos ilustra la extensión del aporte freudiano¹⁶. A partir de aquí podemos empezar a entender que su goce es otro tipo de goce, un goce diferente, el Goce Otro como lo llama Lacan. Sin embargo, no solamente se debe a una simple localización anatómica sino a una diferencia más compleja que iremos aproximando.

Así llega la *niña* a “Lá” en la que una *mujer* se encuentra, por destino de los cambios señalados, sosteniéndose en una doble tensión: una hacia $\rightarrow S(\mathcal{A})$ y otra hacia $\rightarrow \Phi$. Es lo que Lacan llamó un *écartèlement*, una especie de *estiramiento* o *jaloneo*,



¹⁶ Lo traduzco literalmente por “en el golpe” y castizamente por “estar en el ajo”, ambas traducciones nos remiten al juego de equívocidades de la expresión de Melman, y que se juegan tanto en el ámbito sexual como social.



de tensión entre dos fuerzas. El término en francés lleva un sentido que en español no se encuentra en sus posibles traducciones. En *écartèlement* tenemos la raíz *écart*, que significa distancia, diferencia entre dos magnitudes o valores, lo que da cuenta también del sustento matemático en juego, es decir, es una doble tensión sostenida en la diferencia que el significante, en tanto rasgo unario, marca. Ese “*La*” es el símbolo de la imposibilidad de la existencia de La Mujer, no es una función propia de ella, como lo es el Φ para *el hombre*, sino una escritura que marca la ausencia de una función específicamente femenina; es por eso que Lacan dice que La Mujer no existe, que no puede decirse y es la disimetría lógica fundamental entre *hombre* y *mujer*. Una de las razones que funda la no-relación-sexual.

En la encrucijada también tenemos el *a*, pero es un a no de ella sino en ella, pues por lo dicho anteriormente el corte en “*La*” es un corte topológicamente, nuevamente, ‘original’ y enigmático, ya que es un corte que no desprende ningún objeto, no organiza la pérdida de un objeto, como es la característica de todo corte subjetivo. En otras palabras, no implica a su objeto *a*, puesto que si lo implicara podríamos hablar de un fantasma propiamente femenino. Para ella el objeto *a* fue desprendido, cedido, por la *niña*, al igual que el *niño*, mediante el primer corte, o sea, la operación del Nombre-del-Padre, que instala la fase fálica para ambos¹⁷. En mi opinión, este corte en “*La*”, en su referencia al $S(A)$, de alguna manera la desprende a ella como el *a* que pudo haber sido para el Gran Otro primordial, revelando el particular extravío con el que ella vive su relación con el objeto, pero al mismo tiempo la prefigura para ese objeto *a* del fantasma de su compañero, de *su* hombre.

En consecuencia, aquí se suscitan preguntas de peso, ya que en esa doble tensión podemos entrever las dificultades que tendría *una mujer* con respecto a su fantasma, pues éste parece estar en sufrimiento, o por qué no decir, en zozobra. Por una parte, no tiene un estatuto propiamente femenino, ya que su *a* también –por la estructura del deseo– aparece ligado al objeto primordial (la madre) que se instala antes de la fase fálica y que, como vimos, se sustituye por el Falo y lo que da a este *a* su estatuto de objeto perdido. Por otra parte, los cambios que anotamos y que la llevaron a “*La*” la privan, de alguna manera, de encontrar aprobación oficial para su *a* y en consecuencia para su fantasma. Siendo la aprobación oficial en ella la de *a* de él. ¿Qué sucede entonces con su *a*, con su fantasma en su posición femenina? La respuesta no es evidente. Salvo lo que anota Lacan, en varios momentos de su enseñanza, sobre la dificultad propia de las mujeres de discernir el objeto que causa su deseo de ella, la tendencia a interrogarse qué quiere un otro, el Otro, de ella. Como, por ejemplo, el desconcierto ante la mirada en general, objeto inasible por excelencia, ese “¿qué ven, qué me miran?” tan frecuente en la práctica clínica y el discurso cotidiano.

¹⁷ Charles Melman, *ibid.*

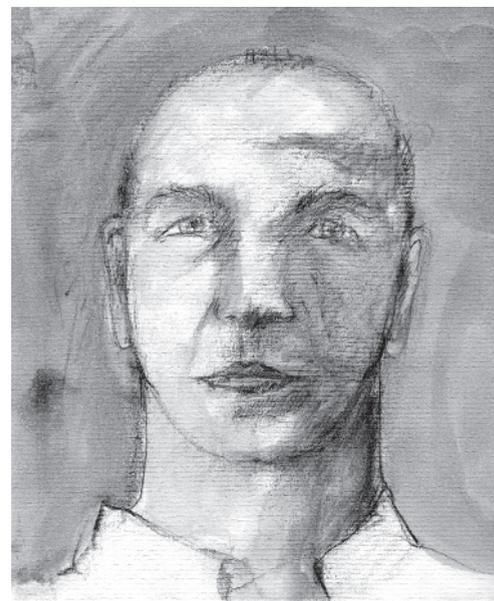
Hay modificaciones de estilo constatables en las operaciones propias de una *mujer* en las manifestaciones de la subjetividad femenina. En su reflexión Melman lo ilustra por el lado del estatuto de la promesa, pues para ella el estatuto de la promesa es otro, es diferente. Su referencia al $S(A)$, en tanto significante de la falta en el Otro, le confiere un acento particular, pues esa tachadura en el Otro la vivirá ella como su defecto, como una privación y, al mismo tiempo, con el carácter de una frustración, como el don que otro –entendamos cualquier otro u otra– habrá recibido. Privación y frustración que entretienen la promesa como no cumplida¹⁸. Incluso, en otro lugar él plantea: “la frustración como modalidad de la organización subjetiva femenina”¹⁹.

En la otra tensión, su referencia al Falo, nos encontramos con finezas que con mucha frecuencia se escapan, porque se mezclan y se confunden las diferentes acepciones que da Lacan del concepto Falo y de Φ como función. Con mucha frecuencia se zanja la cuestión solamente del lado de la función que inscribe también a una *mujer* en el goce fálico, sin embargo es bastante más complejo, pues no se refiere únicamente al goce en el acto sexual.

Por una parte, Φ es el significante de la falta. ¿Qué significa eso? En pocas palabras quiere decir que no tiene en sí mismo significado, es pura ausencia y se lo escribe para señalar el hueco –recordemos lo que vimos anteriormente sobre el nudo borromeo– que deja la inscripción del Nombre-del-Padre, pero por ese mismo hecho tramita la significación de aquello que falta, que no se tiene, que no se es. Esta inscripción también deviene una función que golpea, acuña, al a como objeto perdido, en consecuencia imposible de asir, de echarle mano y, al mismo tiempo, recibe de Φ sus categorías de real, simbólico e imaginario, en tanto significaciones, sentidos. Acuña así, a no es especularizable, es decir que no tiene imagen, sino que es el reflejo de una huella de la experiencia de satisfacción que se inscribió en el intercambio primordial con la madre y que sabemos que se juega a nivel de objetos desprendibles del cuerpo: seno, heces, voz y mirada.

Por otra parte, en las primeras elaboraciones de Lacan con respecto al falo, él lo puso entre los objetos a y lo llamó ‘objeto fálico’, así como objeto es imaginarizable, como lo que viene a faltar al Otro primordial y que, el *niño* y la *niña*, imaginan que es el ‘pene’, como nos dice Freud, pero es una categoría de imagen que toma prestada –si puedo decirlo así– su calidad de a como reflejo, reflejo de lo que falta.

Podemos observar entonces la articulación y la distinción entre Falo y a. Acentuemos una vez más que de esa ausencia radical que es Φ , es que a toma su carácter de perdido y que por eso toma diferentes imágenes de objetos concretos, por ejemplo, el dinero. El Falo como pura ausencia, significante de la falta, toma representaciones simbólicas –digamos abstractas– como belleza, potencia, atractividad.



¹⁸ Cfr. Melman, “Le Lacadon”, en *La Célibataire*, No. 11, invierno 2005, p. 86.

¹⁹ Melman, en *Pour introduire à la psychanalyse, Seminario 2001-2002*, en la lección XXII del 23 de mayo de 2002, p. 292.

Hay que reconocer que por más que queramos fijar su significación siempre se nos escapa el asirlas, el echarle mano y dependen, como sabemos, de valoraciones de una cultura. También esa es la función de sentido que viene de Φ , la significación fálica: una presencia en fondo de ausencia.

Así puedo llegar a resumir que desde el lado femenino, a una *mujer* le llega la relación con el Fallo de representante, con su cuerpo y sus acontecimientos, del brillo de lo faltante en el otro, el semejante, en el Gran Otro, por ejemplo, para la mirada de él, de un *hombre, los hombres*, y los demás, o sea ellas también. En otras palabras, es el ser sin tenerlo, por ejemplo, ser bella, simpática, etc.

Hay también algo importante que salta a la vista en la encrucijada, es el hecho de que este Φ ella tiene que ir a buscarlo del otro lado, que debemos entender, en sentido amplio y en sentido estricto, ir a buscarlo en otro lado para su goce, y que su goce también es fálico. Y agregaría que como función Φ que le atañe, es por lo tanto un vestigio –pero en fondo de ausencia– que ella puede entrever de lo que es su primer momento. Este es uno de los ángulos de esta tensión en los que podemos vislumbrar cómo pueden estar presentes los rebotes de la histeria, los de su fase fálica.

Redondeando... por el artificio de Φ , en la dimensión de falta, como función y con las características señaladas, se organiza en $S(\mathcal{A})$ su acceso al lugar del Otro y su funcionamiento como a del fantasma de él.

Llegar, estar en el lugar del Otro, es acceder a un lugar que requiere condiciones, confiere privilegios y que tiene consecuencias bastante interesantes.

Desde ese lugar del Otro, del gran Otro que debemos entender no solamente como el Otro Materno –como se suele pensar para ella aquí en las fórmulas– sino también como Otro Paterno, resaltan aspectos inagotables y repletos de particularidades porque, justamente, de este lado derecho sólo hay particulares.

¿Qué nos aporta este lado del esquema sobre la relación con el Otro Paterno?

En este momento viene bien el paso por la histeria, es indispensable, pues es el drama histórico el que lo revela con mayor claridad y que cada *mujer* vehicula a su manera, a saber, el hacer prevalecer la dimensión del *al-menos-uno*, es decir, del padre imaginario no castrado, ¡el verdadero hombre! como suele llamarlo Melman. La caracterización de esta insistencia le viene por su modo particular de inscribir la relación con el Padre al que dirige su llamado de cumplir la promesa bajo el modo de lo que pudiéramos llamar la esperanza de al fin adquirir por el Padre el reconocimiento de una inscripción simbólica, el don que a veces también en su extravío supone debe venir de la madre, de un algo que la represente a ella. En otras palabras, hacerse la *al-menos-una* no castrada, “lo que querría la histérica”, dice Cecilia Hopen²⁰, es decir,

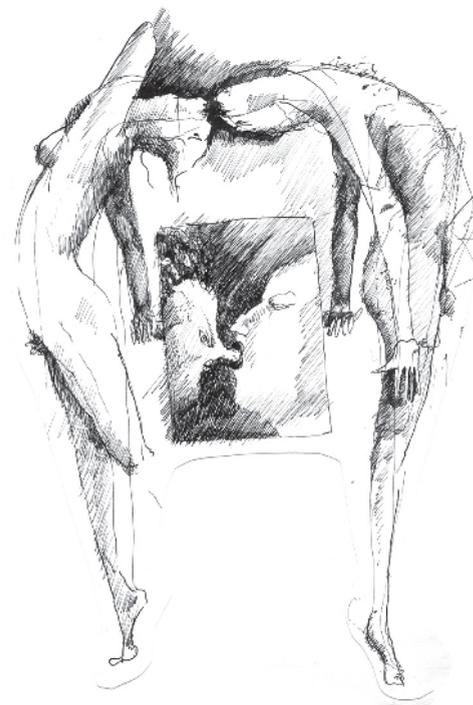
²⁰ Cecilia Hopen, “Disimetría hombre-mujer”, en *La letra*, No. 11, Quito, junio 2005, p. 33.

llegar a ese lugar, a la casa del Padre y obtener una legitimación que, como vimos anteriormente, legitima de manera universal al *hombre*. Pero ese no es el lugar propio de ella aunque la casa del Padre le atañe también. Esta aspiración de ser la *al-menos-una* tiene por resultado el que ella confunda singularidad subjetiva con excepción real. Por este hecho se revelan de manera más acentuada, más caricaturalmente, en una mujer las reivindicaciones que están a la orden del día, desde las simples quejas hasta las revueltas cotidianas por la igualdad que se supone entre los seres humanos.

Sin embargo, he ahí que su destino determinado por $\bar{\exists}x \bar{\Phi}x$: ‘no existe un x que no esté castrado’, indica que ella también está castrada. Esta fórmula con doble negación le confiere una característica particular a su inscripción en la casa del Padre. Si habíamos dicho que la inscripción de un *hombre* es ordinal, la de una *mujer* es cardinal, o sea, no en términos de orden en una serie, sino de cantidad: una, dos, tres, etc., *mujer* (es). No hay *la serie de las mujeres*, sino una cantidad de mujeres cuya existencia –es lo que indica el cuantificador $\bar{\exists}$: una existencia– se cuenta de *una* en *una*. Es lo que, además, Lacan señala, por ejemplo, en su texto de Kant con Sade. No es solamente el fantasma de Sade, sino la existencia lógica de la mujer (este la con minúscula) que por la singularidad subjetiva de *cada una* viene a tachar el La, con mayúscula.

Por si fuera poco, está también la fórmula $\forall x \Phi x$, o sea: ‘no todo x es Φ de x’, que la sustrae, de una manera así mismo particular, escribiendo su referencia de exilio: no-toda en la castración, *fuera de castración*, que no es lo mismo que *sin castración*. Para que quede bien establecida esta diferencia, digamos que está fuera de la frontera de la castración, pero esa frontera está incluida en los límites y a la vez los determina. Esto significa *estar* en la castración pero *ser* no-toda en la castración. Este ‘no-toda’ es una particularidad que tiñe sus expresiones, sus manifestaciones con ciertos matices que la ubican fuera de lo normal, fuera de la norma, fuera de la *normâle*, de la norma toda-fálica. Vuelvo a acentuar que uno de los aspectos de esta norma es la significación fálica, que es también la que comanda el sentido común. Desde ahí *una mujer* aparece –a veces, y unas más frecuentemente que otras– como *especial, única, extra-ordinaria*. Es así que muchos connotan esto de varias maneras: el sin-sentido de su charla, o también la agudeza de sus expresiones... por otra parte, se les dice que están un poco locas... son extrañas... se las llama al orden... se las trata de calmar... por último son histéricas... son *mujeres*... ¿Resulta evidente la progresión de la ‘cantidad’ *versus* el ‘orden’? ¿De la histeria a la subjetividad femenina y viceversa?

En definitiva, aquí se juega la cuestión del *ser* y del *semblant* de manera más acuciante. Y desde hace un rato, en este recorrido entre las dos tensiones señaladas, quizás se ha puesto en evidencia lo difícil de la dimensión de *semblant mujer* que a ella le corresponde, pues ese *semblant* se tiñe de dos tensiones, y por estas dos tensiones



está más expuesto al deseo del otro y del Otro, a su funcionamiento como objeto a y, también al mismo tiempo, al sustrato de ese primer momento que señalé como retorno de lo reprimido.

Siguen las particularidades. Mientras que del lado masculino aparece la relación con el padre real más claramente en la vertiente de la rivalidad –es lo normal, ¡pues!– en términos de “él o yo”, podemos decir que del lado femenino la dimensión se juega más bien en un “él y yo” y aparecen otros matices. Se pone de relieve, a la vez, al “papito lindo”, y al “pobre papá” cuando el amor y la benevolencia la colman frente a la carencia paterna, suavizándola, a ella y a la carencia.

¡Como si se pudiera revertir el $\exists x \overline{\Phi x}$ en $\exists x \Phi x$! Como diciendo: “existe un papá x, el mío, que a pesar de estar castrado tiene mi amor”. Podríamos considerar ahí al padre en tanto feminizado, como el papá de Dora por ejemplo. Pero cuando surge la vertiente de la frustración o de la privación, ese x es un “egoísta”, un “tirano”, porque no “da” como es debido, no cede de su dotación excepcional la ‘pizca’ –de tiempo o de cualquier cosa que sea– que haría falta. Es de esta manera que se hace su patente los matices del reproche del estilo de: “¡Cómo es posible!”; “¡Qué más quiere de mí a cambio!”; “¡Claro, no soy suficiente!”, “A Fulanito o a Fulanita sí...” etc., etc. Por supuesto, las manifestaciones de estos reproches también aparecen en un *hombre*, y se los considera en él como en términos de una ‘feminización’ frente al Padre cuando a él le toca la interrogación sobre el deseo del Otro. ¿Será porque se lo pregunta como su madre hace esa pregunta? Eso es posible para algunos casos. Pero sobre todo, como lo ilustra la clínica, es cuando toma la excepción del $\exists x \overline{\Phi x}$ como excepción real, entrando en la misma confusión que una mujer. En otras palabras, cuando toma el amor al Padre del lado de una exclusión real.

Ahora bien, si nuestra *niña* en su vuelco en búsqueda de *otro objeto* de amor y de deseo que su *madre*, tiene en suerte un *papá* que anticipe el juego de un *encuentro posible*, ella podrá prefigurar –en ese juego– ese encuentro para más tarde, incluso, a pesar de y arrastrando todas las dificultades lógicas anotadas. Pero a condición de que, *papá* se halle investido y aparejado de los atributos fálicos necesarios que *mamá* ratifique –aun en sus quejas como *mujer: no-toda madre*, un quid de la tachadura de $S(\mathcal{A})$!– y, al mismo tiempo, que *papá* pueda cederla a *otro hombre* por venir, que aunque –quizás debo decir *porque*– la ame no la ubique en el lugar de *toda* para él, sino pasando por él para *otro*. Es así que *papá* es un puente, pero hace falta que la *niña* quiera caminarlo, atravesarlo.

Con respecto al Otro Materno, su relación está íntimamente ligada con lo anterior y para una *mujer* imprime el acceso a ese lugar del Otro con una cualidad y calidad nunca acabadas²¹. Los trabajos al respecto son múltiples, yo solamente voy a

²¹ En *La letra*, No. 10, Quito, mayo 2004, ustedes pueden encontrar dos excelentes textos, uno de Cecilia Hopen: “¿Qué puede enseñar una madre a su hija en el proceso de alienación-separación?”, ps. 14-21, y otro de Martine Lerude: “Algunas observaciones a propósito de la transferencia en femenino”, ps. 22-29.

resaltar con mayor atención algunos puntos del pivote de esta relación, el proceso de alienación- separación, que nos orientan sobre el acceso a ese lugar.

El proceso de alienación-separación es, si puedo decir, un trámite. Es un doble trab-a-jo, para el *niño* y para la *niña*, que los conduce en el difícil resultado de la tachadura en el Otro y que, de hecho, los precede a ambos –como vimos al examinar el lado izquierdo de las fórmulas– porque esa tachadura la reciben del lenguaje. Cada uno tiene a su cargo hendirla para sí, ratificar su efecto, asumir lo que le toca. Él, de su lado, deja el sitio primero-primario, renuncia a él llevando consigo las huellas que buscará en otras arenas. Ella, la *niña*, renuncia también y con las huellas a costas descoloca a *mamá*, la pone en otro sitio para ocupar el lugar semejante a ella, pero también distintamente a ella y a lo que fue su experiencia primera con *mamá*. Es una per-mutación que se juega en la dimensión de “ella o yo”²² y que una *mujer* arrastra consigo como medio de cavar la tachadura en el movimiento de la separación aunque, paradójicamente, le ocurran en ese cavar los visos de la alienación que se manifiestan algunas veces en las rivalidades entre mujeres. Es normal, pues, porque generalmente hay un *hombre* –incluso varios– que se trata de ganar (ide darle ‘ganas’ y de ‘ganarlo’ para sí!). Por supuesto, está también ese objeto a que ha quedado en sufrimiento y que ninguna sabe cuál es. Para colmo, eso de *ser* el Falo es una tarea agotadora, pues está presente de una u otra manera la demanda: “espejito, espejito dime quién es la más bella”. El espejo siempre contesta que es Blancanieves. Siempre hay *otra*, otra, más bella. ¡Salvo cuando Blancanieves ‘muere’ un instante!

Supongo que a ustedes no se les escapa el hecho de que las historias clásicas de los cuentos de hadas “terminan” –lo pongo entre comillas– cuando los trámites del príncipe y de la princesa culminan en la muerte de las brujas, de los malvados, se liberan de los obstáculos que ambos encuentran en el camino, y cada uno se pone en su lugar: él dándole a ella el lugar del Otro, el de la futura reina, y ella refugiándose, arrebolándose, con todo su cuerpo en ese lugar, en los brazos de él. Esos cuentos de hadas me parecen una metáfora de los trabajos del S(A) que ambos, *niño* y *niña*, elaboran en su proceso de sexuación. No obstante, la historia en realidad no se termina, recomienza siempre, una y otra vez. Es quizás la ironía que se expresa en el “colorín colorado este cuento se ha acabado” y cuyo sentido interroga a muchos *niños* y *niñas*. A otros los sume en la ilusión del “y fueron felices por *siempre jamás*”, llevando la carga de la afirmación-negación de esta frase.

El Otro Materno, más allá de la relación mítica que conocemos, se transforma en este proceso de alienación-separación por efecto de una metáfora. En un texto reciente de Charles Melman²³ encontré una relación entre el Nombre-del-Padre y el Falo que me parece ilustra bien esa transformación en el Otro Materno. Transcribo sus



²² Cecilia Hopen abunda sobre esta relación en su texto: “Ella o yo ¿contingente o necesario?”, en *La letra*, No. 0, Quito, mayo 1995, ps. 19-22.

²³ Charles Melman, “Conclusion”, en el *Bulletin de l’Association lacanienne internationale*, No. 115/116, París noviembre 2005-enero 2006, ps. 7-8. Una traducción al español aparecerá en *La letra*, No. 12, prevista y en preparación para octubre 2006.



²⁴ En “¿Qué puede enseñar una madre a su hija en el proceso de alienación-separación”, ed. cit., p. 16.

palabras: “[...] lo que llamamos falo en tanto esa instancia, sobre la cual les recuerdo que, a propósito del Nombre-del-Padre, es el deseo de la madre lo que viene a situar ahí en el Real a esta instancia Una que le interesa y que ella va a llamar padre; ahí hay padre por esta instancia Una. Es ella la que transforma así lo que llega a ese vertedero del hueco ahondado en el Real, que viene a ubicar esta instancia Una que va a tomar este nombre metafórico –no es un signo ‘padre’, no designa una cosa, no designa un ser– es sólo una metáfora que viene en lugar, no de otro significante, de algo que no existe sino en forma de elemento, un innombrado que será llamado padre y que en consecuencia va a funcionar como falo”.

Entonces es una instancia que el deseo de la madre ubica y que cada *mamá* de los neuróticos que somos la tramita con *papá*, ellos también como *mujer* y como *hombre* sujetos y sujetados a los mismos avatares. Para una *mujer* hay, entre otras cosas, una consecuencia. Es de esta manera que ella tiene, potencialmente, el poder de ocupar el lugar del Otro Materno. Pero esto depende, por supuesto, de triples condiciones que se libran, con un resto de la alienación-separación, entre identificaciones y competencias, incluso rencores, con la propia madre, quien en su economía psíquica, la de la *niña*, posee el privilegio de ese lugar –tanto del goce sexual como de la maternidad– complicado con el sustrato del *primer momento* ya señalado. Otra condición depende de *papá*, como ya vimos. La otra condición depende del *hombre* o de *los hombres* que encuentra en la vida y en su pareja, en la manera del ser colocada o no en el lugar de este Otro. Por ejemplo, la maternidad es una manera de acceder ahí, pero no está garantizada por el simple engendramiento de un hijo o de una hija, pues depende de que su madre haya consentido y siga consintiendo en cederle ese lugar a su hija y que el padre de ese hijo lo legitime desalojando –de algún modo aunque nunca totalmente– a su propia madre de él. Esta legitimación no es sólo la legal, la del registro civil, sino la de la posición sexuada que él asume frente a ella y cómo la asume. Es un tejido complejo y de múltiples combinatorias... según el caso, de *una* en *una*.

La maternidad para cada *mujer* –aunque sea sólo potencialmente *madre*– relanza el debate de su objeto a y del Falo, en cuyos lugares se aloja el *hijo* o la *hija*. Es decir, una *mujer-madre* los coloca en ese lugar, pero puntualizo que no son realmente suyos (de ella), son para la vida y la cultura que la preceden y la sobrepasan y que, de alguna manera, ella los brinda, los cede a la vida y a la cultura. Esta es la prohibición formulada por Lacan en términos de “no reintegrarás en tu seno al fruto de tu deseo”.

Si la maternidad real, como lo recuerda Cecilia Hopen²⁴, es el único modo en que una *mujer* accede a un estatuto simbólico propio de ella, este estatuto siempre

se tambalea por lo inacabado de estas condiciones que señalo y por otras propias de la subjetividad femenina que son su relación con el *a*, llena de zozobra.

En los casos en que una mujer no llegue a la maternidad se muestran con todo su particular esplendor las complicaciones propias de esta tensión hacia el $S(\mathcal{A})$, sin embargo, paradójicamente, puede acentuarse la inventiva que uno o varios de los significantes de la historia de esta *x* pueda desplazar y dialectizar. Esto es bastante aleatorio y si bien es fácilmente otorgable a la subjetividad femenina, en cambio sólo puede considerarse como un posible acompañamiento de la posición femenina, es decir, no la determina forzosamente.

Me parece que no está de más que en este momento abra un paréntesis e ilustre estas complejidades con algo del panorama de la actualidad que, debo decir que, a veces, la denominamos con una especie de aliento exótico. Esta actualidad se presenta para y circunda la vida de una mujer, de las mujeres, con una connotada exigencia en ellas y hacia ellas de desenvolverse en varios ámbitos de la cotidianidad: trabajo, hogar, sociedad, familia, la cama, la cocina, el automóvil, las calles, en los gobiernos; con los instrumentos y los utensilios propios y prestados; eficiente, graciosa y eficazmente; gimnasias de todo tipo, sin engordar, ni tampoco enflaquecer demasiado, sin envejecer, o envejeciendo 'alegremente'... ya se podrá ubicar el empuje al 'toda fálica' pero, a la vez, al 'toda-Otra', iextraordinario(a)!... no me refiero solamente al discurso de la 'modernidad', o al de las llamadas 'feministas' y sus denuncias... sino también a algo bastante curioso... Es algo que he estado pescando en nuestros discursos de analistas que nos suponemos, aunque no explicitado públicamente con estas palabras, pero que se cuela en la enunciación: la posición femenina planteada como el Gran Ideal, como el punto máximo de una evolución idealmente consumada: "¡ya está, ahora sí, qué mujer!" "¡Nada qué ver con la histérica!" Y entonces, ¡dale que todos vamos en pos de 'lo femenino' para agarrar finalmente el *agalma* –y no soltarlo– para ungrinos con él todos los días! Es, al mismo tiempo, la tendencia a la búsqueda de 'perfiles' fijos para hacerse de un modelo de *ser mujer*! Muestra también de la dificultad del *semblant mujer*.

Espero que me permitan evocar caricaturalmente estas cuestiones, pues así pongo de relieve el ovillo que se desenreda y se vuelve a enredar. Tuve la oportunidad de hacer casi una constatación de esto cuando, en un tímido arrebató, me atreví a cuestionarlo con una colega, ella me dijo que sí, que así es, un 'Ideal' y 'el punto máximo de la evolución de una mujer'. Digo bien casi una oportunidad de constatación pues todavía albergo la duda, puedo decir, la esperanza de que me lo dijo como una especie de acicate para propiciar la discusión, puesto que esa colega

también tiene la costumbre, yo diría socrática –muy bienvenida para mí– de propiciar los intercambios por los cauces de las verdades que nos convocan en el oficio.

Considero que la posición femenina no es ni ‘ideal’ ni ‘estadio superior’, sino un destino paradójico y de avatares, de desplazamientos siempre trabajosos y nunca fijados de una vez por todas, una caminata de vaivenes. Si lo planteamos de esta última manera quizás tomaremos cierta distancia al toparnos en el camino con esa dimensión de la *al-menos-una* en la que nos cegamos sin darnos mucha cuenta y que –por qué no decirlo también– de algún modo se dialectiza cuando osamos trabajar, escribir, en tanto analistas, sobre estos asuntos.

Continúo la marcha. En el lugar del Otro, en $S(A)$, una *mujer* accede también al Goce Otro y se convierte en su representante más sobresaliente. Pero no tiene su exclusividad, pues un *hombre* tiene que vérselas también con este goce, aunque en tanto reprimido. Ella se apropia de este goce y lo brinda. Lacan lo denominó el goce propiamente femenino. Goce Otro, entendamos este Otro como diferente, distinto, diferente del fálico. En francés, en la palabra *autre* se oye muy bien el sentido de diferente. Otro también porque es *del* Otro en los dos sentidos que señalé anteriormente. Es un goce enigmático porque, en el campo de lo visible, no tiene signos tan palpables como el fálico, y porque compromete al cuerpo enteramente ahuecado como zona erógena. Diría que compromete al cuerpo, potencialmente entero, como orificio en el que el objeto *a*, en tanto causa del deseo –deseo siempre insatisfecho– se pasea, aparece reflejado aquí y allí cuando la pulsión “toma partido”²⁵ por uno de los orificios reconocible en los designados en nuestro cuerpo real, pero también por la cualidad, en términos significantes, de esa parcialización que toma la pulsión. Entendamos así, por ejemplo lo oral, lo genital, lo anal, y de esta manera vislumbremos los matices de lo gozoso y gozante de este goce, cuya manifestación no se reduce únicamente al acto sexual, sino está en los actos y fenómenos de la vida, por ejemplo, la expansión de las toxicomanías, en las que aparece en su forma más extrema y desconcertante.

Recordemos que a este Goce Otro Lacan lo llamó también goce de la vida por el carácter de infinito, por la infinitud que recibe del gran Otro que relanza una y otra vez la posibilidad del recomienzo. No obstante, este goce encuentra su límite del otro lado, del lado del goce fálico, o goce de la muerte porque está marcado por la finitud dada por la castración, una de cuyas valencias es la muerte como destino natural –única certeza, dijo Freud– de cada ser humano. He ahí que él los escribe a los dos goces (JA y JΦ) en el nudo borromeo, con lo cual quiere significar que los *hombres* y las *mujeres*, como sujeto del deseo tienen que ver ambos con los dos tipos de goces.

Para una *mujer* en el goce sexual, el Goce Otro hace que ella goce mayormente, como bien lo señala Lacan al referirse a la mitología griega, a la discusión entre Zeus y



²⁵ Cfr. Marcel Czermak, en el *Encuentro* de junio de 2003 en Quito; “Memorias de encuentros”, en *La letra*, No. 10, mayo 2004, p. 80.

Hera, en la que Zeus apela a Tiresias, quien por haber vivido un tiempo siendo hombre y otro tiempo siendo mujer podía zanjar la discusión y les dice, a Zeus y a Hera, que una *mujer* experimenta nueve de las diez décimas del goce. Esta proporción en términos decimales tiene su sabiduría. Hay que entenderla no en referencia a un todo finito cerrado, sino a un todo abierto e infinito que nunca se completa. Siempre habrá la posibilidad de dividir la distancia entre uno y otro punto en puntos intermedios, por ejemplo en una línea infinita, sin alcanzar realmente el límite del otro, sino a partir de un punto y llegar a otro punto, y a otro, una y otra vez.

Así vuelvo nuevamente, y por otras vueltas, a la cuestión de la privación y la frustración que recalqué hace un rato. En lo que al goce se refiere, siempre hay un resto de insatisfacción en cuanto al deseo y a la pulsión, porque no son lo mismo que la necesidad que se sacia con un objeto asible y específico.

Una *mujer* puede vivir este resto de insatisfacción con una manifestación más acentuada de la frustración que la que puede experimentar un *hombre*. Sin embargo, al mismo tiempo ella puede también hacer funcionar ese resto como el *plus* de preparación para otra vez, a condición de que su compañero sexual reconozca a este goce y al *plus* como su marca, de ella, particular, diferente pero no extraña, y estar en la disposición de suscitar ese goce otra vez. Es una manera de pacificar el exceso subyacente en el Goce Otro y de poner un límite al tipo de división que este goce que la sobrepasa suscita en ella. Es un tipo de división diferente al de $\$$ que conlleva la castración, que pone orden; la división que el goce Otro suscita la pone fuera de orden, fuera de sí, la extraña de sí misma. La referencia de ella en la tensión $\rightarrow\Phi$ que opera también en el goce sexual, pone un tope a esa división fuera de orden y la humaniza. Su *hombre* puede contribuir a este efecto de orden humanizador dándole un lugar de reconocimiento al goce propio de ella. Pero sabemos que las cosas pueden funcionar de este modo tan benéfico sólo por instantes.

Por otra parte, el Goce Otro da la posibilidad de otras maneras de gozar. Recordemos que Lacan lo llamó también el goce de los místicos o goce del espíritu. De ahí la propensión de las *mujeres* a actividades que les proporcionan una satisfacción llamada espiritual que se la considera propia de su ámbito, y que también está ligada a su funcionamiento como objeto a en el sentido de darse a otro. Es ese modo de contentarse con una 'nada' como a veces se dice. Porque, en definitiva, eso es el a, la *nada*.

Con respecto a ese a de la encrucijada ya he señalado algunas cosas. Agregaré otras más. ¿Qué es para una *mujer* funcionar como objeto a del fantasma de un *hombre*? Sencillamente, es colocarse en ese lugar de suya, su *Otra*, jugando el juego que el deseo de él suscita en ella y a la vez suscitando en él el encuentro –aunque

fallido, como ya vimos– de ese *a* que causa el deseo de él. Es prestarse a albergar el reflejo de ese *a*, de hacer *semblant* de serlo y de tener eso que él busca.

Ya Freud prefiguró algo parecido, y de ahí surge lo que Charles Melman evoca como el “ideal freudiano” –y con justa razón– pues a ciertos seguidores e intérpretes de Freud se les fue la mano al exaltar en este aspecto lo idealmente femenino, al punto en que una *mujer* sería mejor reconocible en tanto tal –como de hecho muchas mujeres lo hacen– funcionando exclusivamente como objeto de su hombre. Pero a partir de ahí presenciamos los rebotes de la histeria, las reivindicaciones y, también, las manifestaciones de la frustración y de la privación como su modalidad característica.

Los *hombres* y las *mujeres* podemos una vez más agradecer a Lacan que traiga a colación lo del *écart*, la distancia, la diferencia, o sea la astucia de la posición femenina, es de eso de lo que se trata, de una astucia de vivir en el *écartèlement*, en el estiramiento o jaloneo. Pues bien, a partir de Lacan subrayo que en la posición femenina es importante tener en cuenta una distancia, una diferencia entre la tachadura de este $S(A)$, en tanto falta en el Otro y en tanto *a*. En esa distancia y diferencia ella es, otra vez, *no-toda* objeto, porque de lo contrario es su abolición como sujeto de deseo lo que se produce, aparece sin deseo propio. De cierta manera, como lo ilustra la clínica cotidiana y el análisis, si eso puede producirse por instantes, es imposible en permanencia, en todo caso en la neurosis.

Llegó el momento de hablar de la diferencia radical entre posición histérica y posición femenina. Se dice muy rápidamente que la posición histérica es la del todo-fálico, la de fijación en la fase fálica, la de la ‘molestosa’. Es cierto, pero nos deja en la confusión. Quiero señalarles que esto es cierto también y, sobre todo, para una obsesiva, para una mujer que se estructure en una neurosis obsesiva, lo cual se ve cada vez con mayor frecuencia en la clínica. Entonces, hay que matizar esta cuestión. Me parece que una obsesiva se adapta más fácilmente, con más comodidad, aunque al precio de síntomas, por supuesto, a vivir un supuesto todo-fálico en el medio social actual y sin hacer mucho alboroto, por el hecho de su facilidad de estructura para encarnar a La Dama (soltera o casada), o a la Ilustre Matrona, como muchas veces se la designa, y que sabemos muy bien que son títulos que le traen admiración, respeto y privilegios. Esto es bastante notorio en nuestras sociedades latinoamericanas porque, además, es una mujer que se presenta con nortes muy fijos y claros que gustan a la mayoría. La posición histérica es extremadamente exuberante y variada en manifestaciones que no se limitan al todo-fálico sino que también se plantean el desborde de la extrañeza del Otro y del exceso de la división del Goce Otro. Podemos decir quizás, que la posición histérica corresponde a una histeria no pacificada. La obsesiva parece poder prescindir fácilmente de esa faceta del goce

Otro y más bien volcarlo en la pasión por la misión en la cual se revelaría más el lado de lo místico o de lo espiritual.

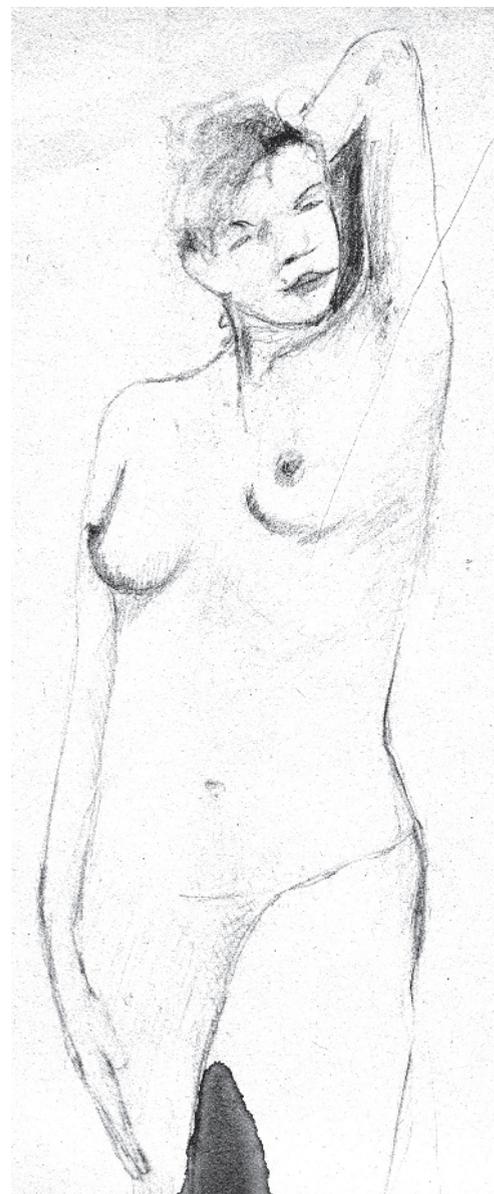
Yo diría que la posición femenina depende del modo pacificado en que se viva ese *écartèlement* que hemos recorrido, en una repartición calmada, menos exaltada de las tensiones de sus vectores. Implica también cierta disponibilidad confortable a hablar desde el S2, es decir, retrotrayendo para sí la validez de un S1 del que depende aunque no la presente. Así mismo, la posición femenina depende de un ánimo, de un deseo volcado hacia *su hombre* (real o imaginado, presente o por venir), un deseo dispuesto para el goce sexual no sólo por instantes sino, al mismo tiempo, dentro de la perspectiva de la prolongación. En mi opinión, es una posición que no se puede reducir a ninguno de sus elementos por separado, es una difícil pero posible dialéctica. En definitiva es una posición de trab-a-jo.

Sin embargo, y con justa razón, se me podrá objetar que esto no resuelve lo de su objeto a y, en consecuencia, lo de su fantasma, que he dejado en suspenso y que, a mi entender, es una pregunta que desvanece la consideración de 'ideal' o de 'evolución superior'. Ese a y ese fantasma, lo digo una vez más, se instaló en la fase fálica. No excluyo la posibilidad de que hayan ocurrido transformaciones a lo largo del camino de una *mujer* en que finalmente sea la nada –una de las acepciones que Lacan da a ese objeto como su verdadero estatuto– lo que venga a ubicarse como causa. ¿Pero, es esto posible sin un análisis? No puedo asegurarlo. ¿Es esto posible en permanencia? No me parece.

En últimas, los rebotes de su estructura clínica aparecerán transformados. O a lo sumo, frustración y privación pudieran vivirse de otra manera, por ejemplo, en el espacio de lo creativo, intentando dar otra forma al objeto en zozobra.

Les comento que con frecuencia constato que algunas mujeres –inclusive psicoanalistas– intentan encajarse en el lado derecho del esquema que les correspondería por destino, a modo de hacer encajar el pie en el zapato de Cenicienta, es decir, de una manera yoica, en un desconocimiento confortable, precisamente, del objeto que causa su deseo. Por otro lado, he escuchado de uno u otro psicoanalista varón que no hay que llegar hasta el punto de interrogar al fantasma de una mujer. Yo puedo recordar que habría cómo hacerlo: *una por una, una a una*, según sea el caso, según una disposición particular.

Unas últimas palabras sobre el nudo borromeo. Me parece que es uno de los *lacadones* que nos relanza a más trabajo sobre estas cuestiones. Yo sólo he comenzado para ustedes y para mí. ¿Es ahí en a que un *hombre* y una *mujer* son verdaderamente semejantes? ¿Es esa semejanza lo que sostiene la ilusión de la unión en una supuesta totalidad? Por el momento, en ese nudo están *hombre* y *mujer* como el sujeto que son



cada uno, dando vueltas en torno a ese objeto arrinconado, atascado en el cuerpo del lenguaje, produciéndolo y errándolo, sujetos al cuño del significante que como *hombre* y como *mujer* los golpeó en su proceso de sexuación y los sigue golpeando en los baches de ese proceso porque no hay relación-sexual. Pero son golpes de los cuales gozan ambos en sus formas respectivas y distintas de dependencia con el goce fálico y con el goce Otro a la vez.

Es así como ellos llegan al análisis, en la forma del nudo borromeo, hechos nudo, arrastrando consigo al *niño* y a la *niña* en ellos, a sus síntomas, a sus angustias y envueltos en el sentido sexual que producen.

Me he quedado corta de páginas para tratar la cuestión de la alteridad que también se lee en el lugar del Otro, en $S(A)$. Este punto merece una atención más detenida que quizás relanzaría desde otro ángulo este trabajo. No obstante diré aunque sea unas pocas palabras. Una mujer en ese lugar representa, por su diferencia anatómica y subjetiva, lo Otro, lo diferente que se ve del y al otro lado; desde uno y otro lado hay diferencias que nos cuestionan, en términos de semejante y también de disímil. Lo semejante estando en lo disímil y viceversa: “[...] si eres tú, ese no soy yo [...] la inquietud de que la imagen de ese disímil no revele otra cosa que la propia disimilitud de todo sujeto en cuanto a su referencia al Otro”²⁶. Creo que pueden entrever el fundamento paranoico de nuestra relación con el mundo que a veces toma visos de lo extraño, de lo que desconocemos como propio, también de lo que *ex-trañamos*, de lo que nos hace falta *del* Otro. Una *mujer*, por ocupar ese lugar, despliega y recuerda esta dimensión como un prisma que descompone el rayo de luz que lo atraviesa. Es también el haz de lo *alter* que vemos en el otro como un otro yo-mismo... sin reconocerlo.



²⁶ Charles Melman, “Structures lacaniennes des psychoses”, en *op. cit.*, en la lección del 8 de noviembre de 1983, p. 50.

No he podido evitar el tratar esta discusión con un discurso un tanto inclinado hacia la pendiente de la normalización, con ello espero también haber puesto de relieve que, precisamente, la cuestión de normalización es una de nuestras 'ficciones' para paliar el fracaso alrededor del cual se organiza.

Finalmente, es porque no hay relación-sexual –esa incógnita que nos estremece al escucharla porque existe un saber en nosotros que conoce los fracasos en muchos órdenes de lo humano– que hay apuestas al amor y al goce sexual. Si pudiéramos admitir que esa incógnita en el momento de marcar el fracaso imprime la posibilidad del nuevo intento para ver si lo hacemos mejor la próxima vez, estaríamos mejor dispuestos para hacer las apuestas. Es lo que Lacan se esfuerza por hacer entender cuando aborda la partida de Pascal mediante la cual demuestra, todavía, que la verdadera ganancia está en jugar y apostar, de lo contrario quedamos más empobrecidos. La no relación-sexual es el eje de paradojas y contradicciones propiamente humanas y, de entrada a lo humano, determina el hecho de que no haya lógica única o sistema formal único para resolver en su totalidad el malestar del *hablaser*, es decir, de las culturas y de las sociedades. Esta es la verdadera subversión del sujeto que Freud y Lacan han pro-vocado para nosotros.

